

Misterios y tretas en el Barrio Chino

Elite, 1953-01-24.

La barbería del "Sailor Ralph" queda en la parte baja del Bowery, formando parte de un bloque que ya pertenece al China Town. Está situada en una casita baja y vieja, adornada con profusión de luces blancas, rojas y azules. En la vitrina exhibe un letrero que dice: "Magníficos tatuajes a precios módicos. 50.000 dibujos diferentes. Conocido de costa a costa". El resto de la vitrina está lleno de cartones con dibujos iluminados de dragones, serpientes, mujeres desnudas y caras feroces de bandolero. Pegado a la puerta de entrada hay un cartón grande ilustrado con un hombre desnudo secándose con una toalla, con un pie que dice: "Cuarto de baño privado. Servicio completo de jabón y toalla: 35 centavos".

El ferrocarril elevado de esta parte del Bowery funciona con ruido de truenos. Las calles estrechas y misteriosas del Barrio Chino trepidan a su paso, y son como cajas de resonancia que convierten cualquier ruido en estruendo fantástico. Un poco más abajo de la barbería del "Ralph El Marino" hay un cruce endemoniado de luces rojas y verdes. Los buses y los carros atienden ciegamente a sus señales, y uno arriesga su pellejo cada vez que se aventura a caminar por él. Aquí se encuentran las calles de Chatham, Catherine, Este-Broadway Oliver y Bowery. Entre esta esquina y la del Canal Street con el Bowery hay, además de la barbería de Ralph, dos negocios que llaman la atención. Como cabecera de una entrada ancha, cubierta de cortinones morado y rojo, hay un letrero que dice: "Mujer de Jerusalén. Habla siete idiomas. Horóscopo escrito gratis. Se alquilan camas a precios económicos". El otro negocio consiste en una barbería del mismo corte que la de Ralph, con servicio de tatuaje y baño, pero añade además: "Extirpamos callos sin dolor. Arreglamos los ojos morados de forma que parezcan naturales". Pegado al negocio hay un puesto de periódicos chinos. El viejito que lo atiende no conoce una palabra de inglés y hace señas de ofrecer sus periódicos de palotes a cualquiera que se acerca, aunque sea como yo, por pura curiosidad.

Los chinos cuentan con cuatro periódicos escritos enteramente a palotes, a excepción de los títulos que los traducen al inglés en letra pequeña, no sé con qué propósito. Son: "The Chinese Tribune", "The United Journal", "The Chinese Nationalist Dayly" y "The Chinese Journal". El viejito vende además dos revistas ilustradas de tamaño dieciseisavo: "The Chinese American Weekly" y "The China Post". Según un censo muy reciente, en el área de New York viven 12.000 chinos. Pero hay muchos más reñidos con el censo. Se calcula que habrá unos 30.000 chinos sin papeles "lavando lopa" a mano y dedicados a otros muchos oficios manuales. Y la mayoría compra su periódico todos los días.

El Barrio Chino consiste en seis bloques apretados de casitas bajas. Aquí viven la mayoría de los chinos neoyorquinos, aunque hay muchos esparcidos en todo el área de la ciudad dedicados a sus negocios, especialmente de lavandería a mano y restaurantes.

Los turistas que visitan el barrio en grupos organizados por agencias dedicadas a este negocio caminan de dos en dos, en filas largas, por las aceras. Yo los he visto caminar con aire misterioso, agarradas de la mano las paredes, curioseando en las vitrinas llenas de dragones y Budas de barro cocido, mirando como a hurtadillas los misteriosos cortinones que cubren algunas entradas de salones de té. Las inofensivas figurillas de barro y los pacíficos negocios de comidas ya están acostumbrados a este recelo pueril del turista. Y los chinos también, sentados beatíficamente a la puerta de sus casas con "ji-jis" agudos de risa maliciosa. Los niños miran con ojos tamañotes a este desfile silencioso; a veces van siguiendo a las cuerdas de turistas con curiosidad. Y casi nunca se da cuenta el turista ingenuo que está dando un espectáculo, y además paga por exhibirse. El cicerone desempeña perfectamente su papel:

– Vengan detrás mío. No se separen demasiado uno de otro... Agárrense de la mano y no se pierdan...

Tampoco hay que culpar demasiado al turista. Esta es una verdadera fiesta para su imaginación. Y estoy seguro que no le gustaría que le dijeran la verdad. A veces ellos ayudan a dar una pincelada más de color a la fantasía del guía:

– Esto será algún fumadero de opio... ¡Jesús qué oscuro ese rincón!... ahí se puede esconder uno de la policía. ¿Y dónde irá a dar ese pasadizo?...

No será seguramente más que algún corral de gallinas; el rincón, algún garaje, y el "fumadero", algún pacífico salón de té; pero el cicerone no tiene por qué decírselo. Perdería su empleo, y decepcionaría al turista.

Pero algunas cosas que cuenta son verdad. Son las mismas tradiciones que conocen todos los chinos del barrio. Yo tropecé con uno que tuvo en Caracas un bar en la esquina de Las Mercedes. El me dijo en un español con eles y salpicado con modismos maracaiberos, que de eso hacía como 20 años, y que quería volver otra vez para ver de cerca cómo había cambiado Caracas. Este chino simpático tiene ahora un Restaurant donde se da de comer muy bien.

El me contaba que nadie sabe exactamente cuándo llegó el primer chino a Nueva York. Pero se cree que fué un joven llamado Pung-Hua Wing Chong, quien llegó aquí alrededor del año 1800. En aquella época, un tal John Astor estaba haciendo una fortuna enviando pieles a China y trayendo té a Nueva York, y adoptó a Pung-Hua en uno de sus viajes. Andaba vestido tan extravagantemente, con collares de pacotilla colgados del cuello, una túnica larga de seda y el gorro cónico de su tierra, que la gente le dió el sobrenombre de: "El Mandarín de Mister Astor". Al cabo de un tiempo volvió a China.

Llegaron bastantes chinos cuando se descubrió oro en California. Cuando decayó la importancia de las minas, los chinos se pusieron a lavar. Aún hoy los chinos siguen lavando a mano, y hay un sin fin de estas lavanderías en Nueva York. Yo no sé cómo pueden competir con las máquinas, pero lo cierto es que hay miles, y no son precisamente caras.

Hace ya algún tiempo, Charles Sampson, el dueño de una fábrica de zapatos, despachó a todos sus obreros sindicados y trajo aquí 75 chinos de la costa del Pacífico, pagándoles 26 dólares al mes. Los sindicatos los maltrataron por esquirols "rompe huelgas" y el prestigio chino se resintió bastante. Poco a poco fueron llegando mayor número de chinos, considerados como mano de obra barata, y empezaron a reunirse en

esta parte baja de Manhattan que constituye hoy el Barrio Chino. Aquí desplazaron a los italianos de las calles Mott y Pell un poco más al norte. Hoy viven mezclados italianos y chinos en estas dos calles cercanas al Bowery. Mott y Pell no son nombres chinos, ni italianos como uno puede acaso suponer. Son los nombres de dos carniceros ingleses que estuvieron establecidos aquí en aquella época.

Como siempre ocurre en las emigraciones, entre muchos pacíficos chinos llegaron también algunas figuras que no son precisamente para rodearles de marco. Leyenda e historia andan mezcladas en este negocio turístico, pero se tiene el record cierto de algunos hechos históricos. Entre estos, los más notables son la memoria que se tiene de Quimbo Appo y Chuck Connors.

Quimbo Appo llegó a Nueva York poco después de regresar a China el "Mandarín de Mister Astor". Se casó con una prostituta, a quien decapitó poco tiempo después. Fue condenado a muerte, a pesar de su defensa alegando que su mujer le había engañado. Próximo a morir, ensayó el truco de convertirse al cristianismo, y le salió bien. El hombre salvó el pellejo después de unos pocos meses de cárcel. Pero mató otra vez, en esta ocasión a un hombre. Se defendió solo, alegando que mató en defensa propia, y consiguió salir con cinco años de cárcel. En cuanto salió a la calle se casó con una irlandesa llamada Cork Mag, de un corazón tan tierno que le robaba el dinero para darlo a los pobres marineros. Esta vez, Quimbo Appo encerró a su mujer, y por este delito cumplió un año de condena. Nada más salir, volvió a las andadas, y mató a otro. Esta vez le colgaron.

Chuck Connors fué el primer guía del Barrio Chino. Era tan hábil que tuvo monopolizado este negocio durante mucho tiempo. Fingía mostrar a los turistas fumaderos de opio, casas dedicadas a trata de esclavas y otros muchos misteriosos aspectos del Barrio Chino. La verdad es que no se dedicaba a ninguno de estos negocios, sino que se limitaba a montar estas exhibiciones con gente alquilada. Uno de estos individuos era Charlie Lee, quien fumaba una semilla muy parecida al opio para exhibirse ante los turistas. Esta planta resultó ser venenosa, y Charlie Lee murió. Chuck Connors desapareció entonces. Y dejó el negocio en otras manos, que no dejan de ser muy inocentes modelando fantasía.

En el Barrio Chino hay una Misión de rescate, como en el Bowery. La tradición de este "negocio" se remonta a la memoria que se tiene de Tom Noonan, quien comenzó a explotarlo a principios de este siglo. Tom Noonan era un exconvicto metido a evangelista que se estableció en Doyer's Street. Recaudaba dinero para ayudar a "los pobres chinos" y rescatarlos de mil miserias. El hombre se enriqueció, pero cuando murió en 1935, sus 23 años de labro dejaron la memoria de algunas meritorias realizaciones. Los chinos le acompañaron respetuosamente hasta el cementerio y vertieron algunas lágrimas. Sus sucesores inmediatos fueron Mr. Howard (El Reverendo) Rimsey y Mrs. Pennel Fleming, adoptando el lema de: "La ayuda de Dios para hombres, mujeres y niños en la mancha negra del continente americano: el Barrio Chino de Nueva York". Parece ser que esta pareja no cuenta con las simpatías de su predecesor, y algunos se preguntan airados por qué aguantan los chinos el continuo insulto de su propaganda a costa de su dignidad. La verdad es que la mayoría de los negocios de comidas y de té viven de los turistas y la mayoría de ellos llegan atraídos por

toda esa propaganda que se hace en derredor de las condiciones de vida y el supuesto misterio que rodea estos seis bloques del Barrio Chino. Con su filosofía habitual, los chinos aceptan las consecuencias de esta publicidad gratuita riéndose con sordina al paso de los turistas.

En esa calle donde se estableció la Misión, vivió en un tiempo un cervecero de nombre Doyer del que conserva su nombre. Doyer hubiera pasado desapercibido vendiendo cerveza y no estaría colgado su nombre en esta calle del Barrio Chino si no hubiera tenido un calavera de hijo que se metió a pirata. Parece que este aventurero escondió oro cerca de Bloody Angle (Angulo Sangriento) al regreso de una de sus correrías. Hace poco un constructor pidió que le aseguraran la propiedad del tesoro a cambio de encargarse de las excavaciones. Y le reservó la municipalidad ese derecho. Pero no encontró más que barro. El Barrio Chino está asentado en lo que era antes un pantano.

Cuando yo llegué al Barrio, los chinos estaban de convención. Se trataba de la 12ª Convención Nacional que se viene celebrando todos los años desde 1940.

La fachada del edificio donde estaban celebrando sus reuniones era un acerico clavado de luces de todos los colores del iris. Colgada de los aleros opuestos de la calle, una enorme bandera roja triangular con el vértice arrastrándose en el suelo, combada por el viento como si fuera un vela incapaz de mover la calle. La inscripción en letras negras decía: "Gee how oak tia ASSN". Los congresistas entraban y salían del edificio con paso ágil, cauteloso, vestidos con túnicas bordadas.

Las calles no perdieron su calma por un congreso más. Las calles del Barrio Chino son tranquilas, sosegadas. El tráfico corre por sus bordes del Canal Street, East Broadway y el Bowery. Sólo cuando pasa el elevado tiemblan las casas, y se llenan las calles de un ruido que tropieza en los anuncios luminosos de dragones, los aleros de las casas, y se convierte en un pequeño terremoto. Se oye de vez en cuando el grito de algún niño que está jugando, repetido en ecos. Pero entre voces cantarinas de silabeos chinos, olor a especias, a semillas y a pescado en salmuera, la vida es quieta en el Barrio Chino.

Al atardecer, los chinos se sientan frente a sus negocios y siguen vendiendo mientras charlan animadamente entre vecinos, amenizando con risitas delgadas y agudas su lenguaje de sonidos largos con cola de silbidos. Escolares con sus libros bajo el brazo, jovencitas con paso corto de regreso de sus oficinas, elementos prominentes de la colonia tocados con sombreros, recadistas con su carrito de ruedas de bicicleta, se mezclan con turistas, curiosos y gente que viene al barrio a cenar. No se ve a ninguna anciana por las calles. Según una tradición china de respeto a la vejez, deben permanecer en casa, fuera de la agitación y el nerviosismo de las calles. Así se les puede ver detrás del cristal de las ventanas observando el río agitado de la vida desde el reservado tranquilo de sus casas.

Las vitrinas están llenas de loza barata para turistas, cerámica pintada a mano, cachivaches y chucherías de metal brillante, farolillos de papel, juguetes de cartón y madera pintada, semillas, especias, té y toda suerte de baratijas con tendencia a miniatura.

Hay muchos restaurantes y salones de té, con anuncios luminosos de dragones, serpientes y dioses panzudos. Para llegar a muchos de ellos hay que bajar misteriosas

escaleras, hay que levantar o separar cortinones de misterio. El lector de novelas policíacas entra en estas cuevas iluminadas con el corazón oprimido y la resolución de héroe apretada en un puño. La luz indirecta da a las sombras contornos suaves. Los silenciosos camareros caminan sin ruido, se plantan delante del cliente y ofrecen la carta. Es raro el camarero chino que toma nota de lo que pida. Desparecen sin decir palabra, y sirven obsequiosamente, con gesto humilde de ceremonia. Los chinos no sirven pan en sus comidas, añaden alguna farinácea a los platos. Si hay algo de misterioso en los restaurantes chinos es la comida. uno no sabe nunca si está comiendo carne o legumbre, si no es por la confianza que deposita en que lo servido corresponde al encargo. Y los platos con harina de castañas, raíces de lirio y nuez molida son deliciosos. El olor a semillas y productos rancios de las calles se convierten aquí en aderezos de cocina de un gusto exquisito. Sirven como bebida una tetera humeante: la tacita no tiene asa. La música es tan débil que uno tiene que poner atención para escucharla: así no molesta a nadie. En el local hay puertas, ventanas y cortinones que el aficionado a misterios puede explicar a su manera cuando hable con sus amigos. En la puerta de entrada hay un chino obsequioso que acomoda a los clientes; pero su misión consiste además en vigilar a los que salen. Esto de pagar es una moda vieja en todos los países, y la de olvidarse de hacerlo también. Los chinos no roban un centavo a los demás, pero dejarse "lobal", tampoco.

En el Barrio hay dos cines donde sólo se exhiben películas chinas: el "Silver Star", frente al restaurante "Shang Iachee", y el "Sun Sing". Este último era un teatro hasta hace muy poco. Era el único teatro chino del continente americano. ran funciones que duraban de cuatro a cuatro horas y media. La gente andaba rondando alrededor del escenario como si fuera un circo, mascando semillas, bebiendo soda. Algunos llevaban su comida en bolsas y se pasaban las horas muertas fijándose de vez en cuando en el desarrollo de la trama. Casi todas las representaciones eran las clásicas que todo el mundo conoce, recuerdos del año 600, en que el teatro chino vivió su edad de oro. Por eso, muchos se dormían durante la función; si roncaban, alguno se encargaba de despertarlos.

Los chinos son industriosos y pacíficos. No hay nada misterioso ni peligroso en las calles del Barrio Chino. Los pocos bares que vi estaban servidos por gente que no es china. Es muy difícil ver a un chino borracho por las calles. Se les ve atareados durante el día, y descansando en los portales al anochecer. La vida religiosa parece que no es muy intensa en el barrio. Pero al lado de los templos budistas hay iglesias de fe cristiana. A la puerta de una de éstas, la Iglesia de la Transfiguración, hay un letrero que dice: "Chas Bacigalupo. Funeraria. 26 Mulberry St.". Será algún italiano que se dedica a enterrar a los chinos. Y será buen negocio, porque el chino tiene un respeto religioso extraordinario a la muerte. En China tienen grandes problemas de espacio en algunos sectores poblados, porque nunca pueden destruir un cementerio. Cada persona muerta necesita de un espacio determinado para descansar eternamente, y los colocan en pequeñas construcciones sobre el nivel del suelo. Los funerales chinos son generalmente costosos, y a veces arruinan a los familiares del finado para varios años.

No hace mucho aún, entre los chinos se practicaba la costumbre d enviar a sus muertos a China, en féretros especialmente acondicionados. Cuando la época de la

invasión japonesa de China, arbitraron el medio de enterrarlos provisionalmente aquí. Cuando se terminó el conflicto se enviaron los restos en cajas de dos pies por 12 pulgadas (aprox. 66 cm. por 30 cm.). Este método resultó ser bastante barato, y por poco precio podían los chinos ir a dormir al lado de sus abuelos. Ahora son más económicos: se quedan aquí. Sólo se envían los cuerpos de algunos que lo piden expresamente antes de morir. Ahora la mayoría de los chinos que mueren en el China Town quedan con la ayuda de Chan Bacigalupo, o algún otro colega, enterrados en el Cementerio Metodista de Bronx.